



# ANTONIO PELÁEZ

Sergio Fernández

CÍRCULO DE ARTE

Primera edición en Círculo de Arte: 1999

Producción: CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES  
Dirección General de Publicaciones.

D.R. De la presente edición  
Dirección General de Publicaciones.  
Calz. México Coyoacán 371  
Xoco, CP 03330  
México, D.F.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Dirección General de Publicaciones del CONACULTA.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Dirección General de Publicaciones del CONACULTA.

ISBN 970-18-3400-3

Impreso y hecho en México.

*A él, con mi memoria íntima*

Una tarde de tantas, al salir de Mascarones, Ida Rodríguez me dijo: "Ayer conocí a un ángel, un verdadero ángel. Te voy a presentar con él". Era el año 48, o el 49 a más tardar. Ida estudiaba historia; yo, letras. Y me lo describió: "Un típico español del norte, de Llanes, Asturias; vino a México desde muy joven. Alto, desgarbado, de manos grandes y cara afilada, como un visigodo de ojos claros, entre azules y verdes, de los que se asemejan a algún retrato de Piero della Francesca. Ojos que entorna cuando algo le interesa intelectual o sensualmente, o entreabre la boca no para dar sino para recibir una respuesta. Con un castellano 'alto', original, con el ceceo entreverado con tono o acento mexicano. En suma, se

trata de una especie de lebrel, guapísimo. Lo conocí por Pita Amor, ya verás: te encantará".

De esta imagen hablada a sus autorretratos —enjutos todos, medio inquisidor, medio espía— hay un abismo. El de 1947 es un Greco modernizado, con un esqueleto prominente, quijada sin músculos, ojos endurecidos por la inteligencia interior y un "toque" femenino que rompe la dureza del conjunto: es la vara de una flor, tiesa, en una diagonal que amenaza con romper la nitidez del cuadro y la limpieza de un cielo donde aún no había ninguna clase de contaminación. Hay alguna especie de similitud (sin parecido alguno) con los retratos que le pintó a su compañero, Roberto Garza. Repito que no en las facciones, sino en las formas, ya que en ambos sobresalen las manos, evidentemente lo más destacado del cuerpo. Pero en Roberto hay más dulzura, aunque era hiperbólicamente disciplinado, justo, austero (no nos miraba con ojos muy amables, aunque si entraba en la reunión, era realmente encantador); excesivo hasta el agotamiento en su hospital de oncología. Es diferente a los otros. También se destaca el Retrato casual (1942) de juventud, con una languidez morbosa y un escaso parecido consigo mismo, todo

dentro de las líneas de Rodríguez Lozano, a quien por otra parte ignoro si trató.

Estos retratos —los de Peláez— poseen un toque andrógino que les presta una especie de equilibrio humano (nada de machismo, nada de feminismo), aunque en otros —La rama verde, por ejemplo (1947)— el acento, en este sentido, se subraya, de tal modo que no sabemos si la figura es mujer o varón. Después, ya observándolo con detenimiento, por la cabellera suelta y recién bañada, colegimos que se trata de una muchacha pueblerina, con sus manazas habituales en todos los lienzos y un dejo de melancolía realmente mexicano. Lo español, en Antonio, surge sólo de vez en cuando, en la rigidez de las formas y en un toque sensual y gótico a lo Greco.

Más cercano al modelo es el retrato que le pintó José Moreno Villa, donde su belleza, un tanto incómoda por inclasificable, está en su cima. Pero antes de seguir adelante aclaro que me entusiasma escribir este breve texto -a modo de recordatorio y homenaje-, pues pocos amigos, como yo, tan cercanos. Como lo fuimos tanto tiempo (desde que yo era estudiante en la casona de

San Cosme hasta su muerte), lo conocí como persona social, como persona íntima y como artista.

Nunca pensé que deseara inconscientemente enfermarse y, tras una penosa agonía, dar término a sus días. No lo pensé porque era adicto a la vida en cualquier flanco que se le presentara: beber, viajar, amar y, más que nada, conversar. En este sentido, era un pintor excepcional por ser agudamente inteligente: inteligente de "habla" al mismo tiempo que cortante, filoso y paradójicamente tierno y afectuoso. Gilberto Owen se refiere a los nórdicos, que se hallan pendientes del tiempo; los latinos —dice— vivimos sólo para el espacio. Por ello uno se podía quedar con él tendidas y flexibles horas, pues no existía el reloj. El tiempo se había detenido como no fuera disparadero de su imaginación, fecunda, arbitraria, obsesiva, pendiente de la conversación y de tres temas que casi la llenaban: París/Venecia, la Garbo y Roberto Garza. Intercalada se hallaba la pintura, los pintores y el arte. Apasionado con sus amigos escritores, con agudeza y no escasas lecturas, se refería a la literatura de manera constante: un puñado de clásicos a quienes manoseaba sin cansancio. Repetía, con su muy personal ejemplo, lo que O'Gorman decía: "Estar infor-

Vivió en México, ciudad de la que no podía desprenderse, a pesar de París o Venecia —que lo asfixiaba con su belleza— además de sus largas estadias en Nueva York para correr mundo y ver teatro, cine, museos, bares. En París estuvimos dos temporadas: la de la Rue de la Boucherie (cerca de Notre Dame) y la de su departamento —recién adquirido por los años setenta— en la margen derecha del Sena, junto al Jardin Royale, en la Rue Richelieu. El caserío, por fuera, era una tiesa calle a lo Haussmann que, a no estar densamente arbolada, sería horrible; pero detrás quedó el viejo París, al que sólo en helicóptero se puede ver, pues la ciudad medieval —fuera de algunos puntos— fue destruida por el

progreso y la inventiva de un solo arquitecto con agudas tendencias espaciales que arruinaron lo antiguo. En la Rue Richelieu fue vecino y amigo de Ciorán, pero su verdadera compañía fue la ciudad, a la que devotamente recorría para cumplir con la vida habitual: comprar vituallas, vinos de la región e ir al correo, pues le encantaba la correspondencia, en esa época ya escasa. El resto era pintar obsesiva, obsesionadamente, con pasión y en forma calculada y asaz cerebral. En México vivió en dos casas: la de Rosas Moreno y la de Nebraska; calles que, si consigno, es porque en ellas sucedieron cosas chuscas y estrafalarias que congregaron al México de aquella época: desde Dolores del Río hasta Salvador Novo; desde Katherine Dunham y su ballet hasta Rufino Tamayo, quien tocaba la guitarra y exhalaba con desolada voz canciones mexicanas refinadas y polvorientas, de inmemoriales tiempos remontados, quizás, a principios del XIX. Era el único momento en que Tamayo se mostraba humano, sin la tiesura de su máscara oaxaqueña. Ignoro si haya quedado alguna grabación porque es una lástima que aquel acervo cultural se haya perdido.

Proust, -a quien leíamos con Edmundo O'Gorman-, hubiera definido a Toño como un *snob*, pero lo

cierto es que su avidez (es la palabra exacta) lo llevaba a buscar gente de aquí y de allá, logrando, en este aspecto, encuentros espectaculares con figuras resplandecientes: la Begún (viuda del Aga Khan), Marlene Dietrich, Truman Capote; también con Frida y Diego; con Lupe Marín, Tinina Calles, la Montoya, Elena Garro, así como instantáneos encuentros con, por ejemplo, Greta Keller, Belmondo, Jean Moreau, Marcel Marceau, Brialy (el de Los primos) y gente, en general, de la farándula mexicana, parisina y neoyorquina. Dolores del Río y la Félix le hablaban a menudo. Un día me dijo: "He concertado una cita para que Dolores nos convide a La Escondida a tomar té: no a más, porque tan coda es como María". Yo le dije que mi curiosidad por conocerla era escasa; que pensaba que lo único en común que teníamos era la belleza. Toño se echó a reír a carcajadas y allá fuimos, a una inolvidable tarde lluviosa en que nos presentó a Lou Riley. Estaba acompañada por Gabriel Figueroa y por Antonieta, de quienes era íntima. He de aclarar que las mujeres, sólo ellas, fueron su entretenimiento, su solaz, aunque sin ocultar una dosis de misoginia que con ellas lo volvía atractivo, encantador como un desdeñoso don Juan.

Empecemos por las relaciones cultivadas. Ya bastante inclinado a la enfermedad (el aislamiento fue paulatino y absoluto, debido a lo que hoy llamaríamos depresión) recibía a poca gente, entre los que nos contábamos Pepita Ramos —última esposa de O'Gorman— y yo mismo, además de sus familiares y los de Roberto. El de Toño es un caso novelístico, el de Thérèse Desqueyroux de Claudel, aunque la memoria me haga trampas y no sé si se trata del padre o del hijo. El personaje de la novela (las razones de una depresión parten del nacimiento) dejó de trabajar, de tener amistades, de salir al parque vecino y a la calle; luego se encerró en su casa, a la que poco a poco abandonó hasta meterse en el lecho donde murió; casa desencajada y azulosa. Pero volviendo a Antonio, las últimas veces era difícil, ya que no imposible, la conversación: sus obsesiones con el pasado lo invadían como peces a un banco de coral. Se levantaba tarde, empezaba a tomar sus tequilas y se dormía muy noche, entretenido con algunos programas de la televisión. Pero nos impedía irnos porque parecía no agotarse, aunque la fatiga le saliera por todos los poros. El lebrél se había vuelto viejo, con la cara blanquísima (tan alejado de sus temporadas de sol en Acapulco, en casa de su hermano

Tario), la piel caída, los filosos ojos, sin embargo, alertas, fulgurantes. Su familia se había reducido: muertos los padres, en Llanes (un pueblo austero, frío, con el Cantábrico siempre enfurecido); ausentes los hermanos; a su vez muertos Paco Tario y Carmen, su mujer, le quedaron tres personas cercanas: sus dos sobrinos —Sergio y Julio, a quienes les hizo unos espléndidos dibujos cuando eran pequeños y muy bellos— y su ama de llaves, confidente, amiga, cuidadora: Raquel —Raque— una solterona que, a semejanza de Céleste Albaret, dedicó su vida entera al abrigo de Antonio.

Pero en los dos últimos años de su vida, paulatinamente, como digo, aumentó su misoginia: a mí me contestaba el teléfono con voz muy tenue, evasivamente, como si me dijera un "no vuelvas", que entendí con nostalgia en el fondo del corazón: no era posible que me dejara ya. Pepita, siempre animosa, no desechó el intento, pero él le contestaba con monosílabos o con evasivas hasta que le advertí que por prudencia no lo buscara más. La última vez que hablaron, con el mismo tono de otro mundo, le oyó una frasecilla a manera de adiós: "Dile a Sergio que es de las mejores cosas que me han pasado en la vida". Lo escribo con deleite, con nos-

talgia, con la pretensión de haber sido alguien para alguien, acaso una vez en mis días.

Antes, sin embargo, era picante, anecdótico, mordaz, aunque buena persona hasta los huesos. Difícil para seleccionar, era arbitrario para recibir. Una vez arreglada la casa de Rosas Moreno —una bella mansión porfiriana con un corredor de macetas en el interior, clausurando un gran patio, antes casa de citas— se dedicó a dar fiestas y a pintar. Recuerdo una ocasión en que, entre los invitados, llegó la Félix estruendosamente vestida: con una "camisa" bordada en hilos de oro, regalo —dijo— de un príncipe árabe, un argelino de difícil nombre, pantalones largos, negros, ceñidos por botas de gamuza; un cinturón ancho, concebido por el modisto con el agregado de diamantes y algunas otras piedras finas, la gran melena suelta y el desafío del porte. Al atuendo debo agregar un brillante (uno de los mayores del mundo), estruendoso como es natural, que le cubría la falange del anular. "Vamos a saludarla", me dijo Antonio. Se dejó besar a la ligera, a mí me dirigió una soslayada mirada y él le dijo: "María, préstame la mano; déjame ver tu vidrio. ¿Estás en tus dietas o te ofrezco una copa?" Ella lo agradeció sin responder y se recargó en la

chimenea a modo de una odiosa deidad que se apresta a la victimación —ella, obviamente, la victimaria— fuera cual fuera el victimado. Escasamente la saludaban porque inspiraba asombro y sobre todo miedo entreverado con envidia.

Así y todo era "blanco" de algunas otras luminarias, como Gabriel Orendáin, que la detestaba por no ser mujer y no ser bella; de Pita Amor (quien se creía una Safo), de Elena Garro (que se pensaba la mejor escritora después de Cervantes) y otras más. La Félix era demasiado peso en cualquier lugar en que se hallara; un peso fofo, al que ignoro por qué en nuestro país se venera. "¿Crearás que en París para el tráfico? Tan enojada, llena de brazaletes con serpientes; un escándalo, aun cuando a los franceses nada les asombra", me dijo Antonio, quien fuera de México la veía a menudo. Pero en aquella ocasión, O'Gorman se llegó hasta la chimenea y le dijo a modo de saludo: "María, ¿sigues dedicada a cuidar tus caballos? No necesito decirte que se te han marcado unas arruguitas aquí, en el cuello, y a los lados de los ojos, lo que te presta gracia en tu bella dureza. ¿Siempre te va a extirpar Roberto ese lunar?" Lunar que, de paso,

